

YO YA
ESTOY

REFLEXIONANDO





Luchas anticapitalistas: ¿cómo se piensan?

29

BEATRIZ STOLOWICZ

PROFESORA-INVESTIGADORA DEL DEPARTAMENTO DE POLÍTICA Y CULTURA

ÁREA PROBLEMAS DE AMÉRICA LATINA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-UNIDAD XOCHIMILCO, MÉXICO

La pregunta del título no es retórica. Es parte de la inquietud que me viene asaltando en los últimos tiempos al observar que hay miradas sobre nuestras realidades latinoamericanas que denotan un creciente afán clasificatorio bastante mecánico. Y que, desde luego, tienen o pueden tener efectos prácticos.

Si se interroga sobre la posibilidad de construir una perspectiva anticapitalista en este momento histórico, tema al que nos convoca este número 100 de la *Revista Izquierda* que aquí celebramos, supongo que no se está pensando solamente en las interpretaciones sobre los fenómenos y sus causas, sino en los contenidos de la acción. En luchas anticapitalistas. Para denominarlas así, cabe preguntarse cuáles son los criterios clasificatorios al uso. ¿Se les identifica por las intenciones declaradas, o por sus efectos? ¿Lo anticapitalista refiere a la confrontación efectiva con capitales y sus personificaciones, o al cuestionamiento del capitalismo como sistema histórico? ¿Son anticapitalistas por su oposición, o por ser portadoras de un proyecto de superación?

Dicotomías como éstas, que se pueden deducir de algunas miradas, no ayudan mucho para enfrentar los graves problemas y peligros para la humanidad y la vida en el planeta en este preciso momento histórico de profunda crisis capitalista, que comenzó antes pero agudizada exponencialmente por la pandemia.

Quizá, más necesario que hacer una clasificación de las luchas, sea interrogarse cómo acrecentar esa fuerza generada por la confluencia de sectores sociales diversos, para poder disminuir la fuerza del gran capital, en clara ofensiva en la crisis; y cómo lograr que el cambio en la relación de fuerzas no sea revertido.

Es el escenario propicio para que el gran capital ejerza todo tipo de chantajes montado en el desempleo y el hambre, y con amenazas de fuga de capitales. Ejerce su posición de fuerza para hacer que los que viven de su trabajo *paguen los platos rotos*, y para ello usa intensamente al Estado para asegurar las ganancias como sea, echando mano de su fuerza institucional: legal, fiscal, contractual, y también represiva. En la crisis es más visible que *el sistema* funciona con explotación, despojo y opresión.

En algunos países, notablemente en Colombia y Chile, el rechazo a específicas medidas gubernamentales que atentan contra las condiciones de vida de los sectores pobres y medios y a favor del gran capital ha desencadenado movilizaciones de amplitud social y permanencia inusitadas, más todavía en el contexto de la pandemia. Nacen como acciones defensivas contra dichas medidas, no de explícita intención anticapitalista, pero generan una potencia, una fuerza social, que coyunturalmente logra modificar las relaciones de fuerza haciendo retroceder la del gran capital y sus objetivos. Tuvieron, por sus efectos, una potencia anticapitalista más allá de las visiones que tengan sobre el capitalismo los diversos segmentos y sectores sociales que participaron en las movilizaciones. Entre esos segmentos y sectores, seguramente unos son más afectados por la explotación y el despojo que otros, los que pueden ser afectados por ciertas formas de opresión y que no necesariamente las asocian al capitalismo.

Tomemos un ejemplo. En las décadas recientes es notable la fuerza y expresividad que han ganado las luchas de las mujeres, que han logrado que se reconozca la *cultura patriarcal* como fuente de opresión. Cuando estas luchas se unen a otras luchas emancipatorias, multiplican notablemente su potencia de cambio. Pero no todas ellas asumen conceptual y programáticamente objetivos anticapitalistas. Para las generaciones más jóvenes siempre es necesario recordar que



https://elpais.com/elpais/2011/05/17/album/1305620219_910215.html#foto_gal_7



https://elpais.com/elpais/2011/05/17/album/1305620219_910215.html#foto_gal_7

las luchas por la emancipación de las mujeres tienen bastante más de cien años. Unas abrieron caminos en la conquista de derechos de las trabajadoras asalariadas en confrontación directa con el capital. Otras abrieron caminos para que las mujeres no sean tratadas como eternas “menores de edad” y ejerzan derechos como ciudadanas, tanto en lo civil como en lo político, facilitando su acceso a la educación. Ya hace más de 50 años que esos cambios, sobre todo los conquistados por mujeres de clase media, habían abierto camino a un incipiente cambio cultural y relacional en la emancipación femenina en su sexualidad (la pastilla anticonceptiva fue un factor de gran importancia), pero la contrarrevolución conservadora desde hace más de 30 años, consustancial a la reestructuración capitalista, fue cerrando aquel camino que empezaba a abrirse. Una nueva generación de lucha feminista contra la negada autonomía de la mujer para decidir su maternidad reivindica su derecho a interrumpir un embarazo con atención médica pública, que cuando se

conquista beneficia principalmente a las mujeres más pobres. Más recientemente, otras corrientes feministas centran sus luchas exclusivamente contra la cosificación sexual implicada en el humillante acoso machista, incluso verbal. En su conjunto son demandas emancipatorias¹.

Pero no parece que identifiquen la funcionalidad del milenarismo patriarcal específicamente para la acumulación capitalista. El confinamiento de la mujer a las “labores domésticas” necesarias para la reproducción de la vida del trabajador asalariado y de la generación que lo suplirá como fuerza de trabajo, es un prolongado trabajo impago que le permite al capital otra forma de apropiación de plusvalor. El capital paga

¹ Hay que decir, en honor a la verdad, que algunas demandas feministas han avalado abiertamente el orden social del capitalismo neoliberal. Como las que, desde la década de 1990, apelan a la metáfora del “techo de cristal”, que reclama que la meritocracia elitista sea pareja.

No puede eludirse que el capital usa intensamente al Estado para cristalizar su fuerza. Como “estado de derecho”, pues. Con un patrimonialismo grotesco cuando puede, y también con una “arquitectura institucional” sofisticada y hasta cínicamente “ciudadanizada” con *glamour* neoinstitucionalista, para encubrir la preservación inamovible de los objetivos del capital. Ninguna lucha popular que pretenda cambiar la relación de fuerzas puede ser omisa en transformarlo. Parecería demasiado obvio tener que decir que son relaciones de poder, que son relaciones políticas. ¿Acaso pueden pensarse luchas anticapitalistas “antipolíticas”?

el trabajo del varón asalariado por debajo de su valor, reduce su fondo de consumo con el que en la esfera de la circulación adquiriría lo necesario para mantener la fuerza de trabajo en estado normal, lo que Marini conceptualizaba como *superexplotación*. Lo que el salario de ese trabajador no puede adquirir lo provee el trabajo impago de la mujer, por fuera de la esfera de la circulación². Para asegurar esas condiciones de superexplotación del asalariado, éste tiene que cumplir un rol dominante sobre la mujer, lo que no debería explicarse sólo por la internalización de la “cultura” patriarcal (y sería necesario que los dominados que tienen que dominar lo entendieran). Lo que en el caso del asalariado está velado, se visualiza claramente en la asalariada pobre que -a diferencia de la asalariada de clase media que puede pagar para que otra mujer realice las tareas de su reproducción- tiene una doble jornada, la segunda impaga.

Es una conquista de luchas de mujeres que se establezcan sistemas públicos de cuidados, pero no se presentan con la exigencia de que el capital pague en impuestos la parte que le corresponde, con lo que son los trabajadores y consumidores pobres, que son los que pagan impuestos sin ninguna deducción ni condonación (que sí tienen los grandes capitales), los que terminan subsidiando a ese capital. Es probable que de tener mayor claridad al respecto, algunas demandas feministas ad-

quirirían una intención declarada anticapitalista que hoy no tienen; no obstante que al participar en las luchas contra las medidas antipopulares en la crisis contribuyan a modificar las relaciones de fuerza con los dominantes. La no correspondencia entre efectos anticapitalistas de las luchas y definiciones anticapitalistas explícitas (y viceversa), podría rastrearse en las prácticas de otros sectores populares. Considerando, de manera particular, que están en curso reconfiguraciones del capitalismo para aumentar las ganancias en la

2 La tesis de la *superexplotación* de Ruy Mauro Marini, como un puntal de apropiación de plusvalor en el capitalismo dependiente latinoamericano (además de la plusvalía absoluta y más que la relativa), recibió críticas en el sentido de que no era verificable el deterioro absoluto y constante de la fuerza de trabajo. Esas críticas no contemplaban que el trabajo impago de la mujer para la reproducción normal de la fuerza de trabajo contrarrestaba su deterioro. Tampoco ello es contemplado por Marini, al menos explícitamente. Véase *Dialéctica de la dependencia* (1973), México, Era, 1981.

crisis, con nuevas formas de subsunción al capital edulcoradas discursivamente.

Quizá, más necesario que hacer una clasificación de las luchas, sea interrogarse cómo acrecentar esa fuerza generada por la confluencia de sectores sociales diversos, para poder disminuir la fuerza del gran capital, en clara ofensiva en la crisis; y cómo lograr que el cambio en la relación de fuerzas no sea revertido.

No puede eludirse que el capital usa intensamente al Estado para cristalizar su fuerza. Como “estado de derecho”, pues. Con un patrimonialismo grotesco cuando puede, y también con una “arquitectura institucional” sofisticada y hasta cínicamente “ciudadanizada” con *glamour* neoinstitucionalista, para encubrir la preservación inamovible de los objetivos del capital. Ninguna lucha popular que pretenda cambiar la relación de fuerzas puede ser omisa en transformarlo. Parecería demasiado obvio tener que decir que son relaciones de poder, que son relaciones políticas. ¿Acaso pueden pensarse luchas anticapitalistas “antipolíticas”?

Es que en estos tiempos hay organizaciones que luchan con declarada intención anticapitalista que rechazan, con razón, la reducción de lo político a lo electoral. Tras constatar los efectos de integración sistémica de lo que he denominado la democracia gobernable³, que ha desnaturalizado a algunos partidos que se asumían como izquierda, esas organizaciones terminan por asumir aquel reduccionismo rechazando “la política”. Claro, la acción en el terreno institucional tiene muchas trampas, que son difíciles de sortear si se carece de proyecto con principios. Requisito imprescindible para preservar la independencia. Cuando no se sabe o no se puede encarar estos desafíos, se opta por mantenerse en hermosas formas de autogestión, imprescindibles para la emancipación pero que, sin las mediaciones políticas necesarias, sólo pueden permanecer en condición defensiva y de denuncia. Sin potencia para modificar las relaciones de fuerza con el capital.

3 Varios de esos análisis están contenidos en el libro *A contracorriente de la hegemonía conservadora*, Bogotá, Espacio crítico Ediciones, 2012.



<https://www.theguardian.com/world/2012/mar/25/occupy-wall-street-protest-police>

No se puede pensar en el escenario actual y los desafíos comunes que impone, sin considerar los efectos de las experiencias de gobiernos de izquierda y centroizquierda en varios países. Es muy notoria la dificultad para captar y abordar el heterogéneo panorama político de nuestra región, marcado por las especificidades sociopolíticas. Hoy es mucho más evidente la escasa utilidad explicativa que tuvo el pensar en términos de “ciclo progresista” o “fin de ciclo” (y hasta “nuevo ciclo”), borrando esas especificidades sociopolíticas.

De todas las experiencias de gobiernos de izquierda y centroizquierda de las dos primeras décadas del siglo se pueden extraer enseñanzas de valor general. Por ejemplo, del alcance limitado de los cambios cuando no se busca reducir el poder del gran capital, aunque no se pueda prescindir de sus inversiones cuando en los inicios no hay fuentes propias de acumulación para emprender transformaciones, que deben crearse. Que las acciones para mejorar los ingresos de los más pobres no producen espontáneamente conciencia política. O que no puede avanzarse en los cambios si se desmoviliza a la base social organizada que hizo posible alcanzar el gobierno, entre otras enseñanzas. Pero estos aprendizajes críticos de valor general no explican las razones específicas por las que se perdieron elecciones, que son muy distintas entre países. La pérdida de respaldo electoral es un indicador, pero no suficiente para evaluar la experiencia de gobierno, con su componente de gestión y su componente político.

Lo cierto es que hay, en muy distinto grado en esos países, decepción, enojos y fracturas que refuerzan las miradas dicotómicas. Me parece que esos estados anímicos también están dificultando poder observar sin prejuicios lo que está ocurriendo en países donde se ganan elecciones nacionales por primera vez. ¿Qué tanto se proyectan esas miradas en las definiciones y orientaciones de las luchas en los países largamente gobernados por la derecha? Pueden pesar sobre algunos de sus intelectuales (en sentido lato), pero más determinantes son las circunstancias sociopolíticas propias.

Hay otro ámbito en el que hay luchas contra el capital sin que tengan definiciones programáticas anticapitalistas, que logran frenar aun puntualmente la ofensiva para aumentar sus ganancias a toda costa en la crisis: luchas sindicales de asalariados urbanos, en empresas maquiladoras transnacionales, obreros mineros, portuarios, jornaleros agrícolas, con huelgas y paros que movilizan a decenas de miles de trabajadores. Algunas incluso en pandemia.

No sé si pueda construirse programáticamente una perspectiva anticapitalista. Pero es necesario y posible luchar en los múltiples ámbitos en los que el capital ejerce su fuerza para limitar su ofensiva, que es una manera de hacerlo retroceder. No regalando la posibilidad de asegurar los avances populares mediante su propia cristalización institucional. Y como el pensamiento es un ámbito de la política, de las relaciones de fuerza, me parece que tenemos que recuperar la capacidad de análisis dialéctico. Quizá así vaya madurando esa perspectiva. El balance será en modo clásico: análisis concreto de la realidad concreta.

Una manifestación de la crisis capitalista actual en pandemia es el fortalecimiento de posturas de ultraderecha. Pero hay una diferencia con escenarios anteriores de crisis, por ejemplo el de fines de la década de 1990 y comienzos de este siglo: entonces, la ultraderecha se mimetizaba como un actor político en la democracia gobernable recientemente instaurada. Y hasta usaba la palabra “democrática” para dar nombre a sus estrategias de control o seguridad. Hoy actúa con un desparpajo exhibicionista. Actúa explotando la incertidumbre y el miedo de sectores populares y sectores medios para inducir las emociones más primarias y el irracionalismo, para que los dirijan contra ellos mismos. Y lo personalicen en la izquierda como enemigo.

¿Sólo una anécdota?

Una manifestación de la crisis capitalista actual en pandemia es el fortalecimiento de posturas de ultraderecha. Pero hay una diferencia con escenarios anteriores de crisis, por ejemplo el de fines de la década de 1990 y comienzos de este siglo: entonces, la ultraderecha se mimetizaba como un actor político en la democracia gobernable recientemente instaurada. Y hasta usaba la palabra “democrática” para dar nombre a sus estrategias de control o seguridad. Hoy actúa con un des-

parpajo exhibicionista. Actúa explotando la incertidumbre y el miedo de sectores populares y sectores medios para inducir las emociones más primarias y el irracionalismo, para que los dirijan contra ellos mismos. Y lo personalicen en la izquierda como enemigo. No es difícil hacer paralelismos con el escenario europeo de hace 100 años con la emergencia del fascismo. Tiene hoy más herramientas tecnológicas para hacerlo. Así ganó las elecciones Bolsonaro y así maneja su presidencia, promoviendo la “antipolítica”. No deja de ser significativo que ahora incluso el progresismo más moderado (Grupo de Puebla) es presentado como el mayor peligro comunista (sí, volvió). Nada que atenúe la ofensiva del gran capital. La anécdota, seguramente conocida, es que el 2 de septiembre, hace dos semanas, Santiago Abascal, el jefe de Vox de España, estuvo en el Senado de México invitado por el coordinador de la bancada del Partido Acción Nacional, Julián Rentería. Allí, la mitad de los senadores panistas firmó la “Carta de Madrid”, que llama a luchar contra el comunismo. La Carta dice: “-una parte de la región está secuestrada por regímenes totalitarios de inspiración comunista [-] bajo el paraguas del régimen cubano e iniciativas como el Foro de Sao Paulo y el Grupo de Puebla”. El senador Rentería remató, después de firmar: “México nunca será comunista”.

Los lazos de Santiago Abascal con el derechista Partido Acción Nacional son de larga data a través de la organización secreta mexicana de ultraderecha católica El Yunque, de la que son miembros varios dirigentes panistas. Según algunos investigadores españoles, El Yunque, que funciona en España, forjó políticamente a Abascal. Son conocidas las posturas de Vox contra el “feminismo supremacista” y contra los migrantes. Días antes de su viaje, Abascal había celebrado la derrota de Tenochtitlán por Cortés en 1521 porque civilizó a México. El sainete en el Senado provocó gran revuelo, al punto de que varios dirigentes del PAN y hasta firmantes de la Carta se deslindaron. El PAN, en su guerra



<https://www.rollingstone.com/politics/politics-news/my-advice-to-the-occupy-wall-street-protesters-237797/>

contra el presidente Andrés Manuel López Obrador, pese a ser históricamente anti-aborto, se ha presentado como defensor de las causas de las mujeres, defensor de derechos humanos, como el centro democrático, etc. En defensa de la Carta, un firmante advirtió que “el progresismo ha invadido al PAN”. Este episodio lo exhibe descarnadamente en sus posturas tradicionales, en momentos en que ha perdido fuerza electoral propia, recientemente perdió las elecciones de gubernaturas que controlaba. Al tiempo que las encuestas de agosto de 2021 muestran la aprobación al presidente en 60 por ciento (diario *Reforma*, panista) y hasta 67 por ciento (Demotecnia)⁴.

Si cobró forma de sainete es por esta realidad política, pero lo que destacó del episodio es que se trata de una campaña especialmente dirigida a radicalizar a fracciones de la derecha contra todo atisbo de “progresismo”. Mientras que en el diverso campo de los críticos del capitalismo hay divisiones y enfrentamientos hartos sectarios, miradas dicotómicas, y bastante incapacidad por construir la fuerza política para hacer frente a esta ofensiva redoblada del capital. Más allá de sus clasificaciones.

4 Un texto de mi autoría “Urgente y necesario” publicado en la *Revista Memoria*, previo a las elecciones intermedias de junio de 2020, da alguna información de lo que está pasando en México. <http://revistamemoria.mx/?p=3328>